

Transformarse en el ring

El siguiente texto es un recorte de una entrevista realizada a Nong Toom en el marco de un libro de relatos autobiográficos titulado *Ladyboys. The secret world of Thailand's third gender*, escrito por Susan Aldous y Pornchai Sereemongkonpol

Nong Toom nació en Bangkok pero se crió en Chiang Mai, una provincia al norte de Thailandia. Primer hijo de una familia extremadamente humilde, fue asignado al nacer al sexo masculino y deseado por sus padres, al menos explícitamente, como varón, en una cultura donde la mujer es considerada sumamente inferior al hombre y el primogénito varón, es extremadamente valorado por padres y abuelos.

No recuerda cuando comenzó a pensarse por primera vez como mujer, aunque afirma que fue a muy temprana edad, sino desde siempre.

En una ocasión, su padre fue acusado injustamente de un delito y su madre intercedió para que ella fuera arrestada en su lugar, ya que las prisiones para mujeres eran menos terribles que para los hombres.

Luego de que su madre fuera liberada, Nong Toom ingresó como monje a un templo, ya que de acuerdo con la cultura Thai, un hombre debe practicar el sacerdocio al menos tres veces, primero como niño y luego como adulto, antes de casarse. Es considerado un ritual de iniciación para los hombres y dado que sus padres lo habían traído al mundo como varón, Nong consideraba que hacerlo era un gesto de gratitud para con sus padres que le dieron la vida.

Desde niño expresaba su feminidad coleccionando flores, disfrazándose a escondidas, dejándose largo el cabello y escapando a las arduas tareas de las cosechas de arroz.

Cuando casualmente se enteró de que las ciencia ofrecía una operación para transformarse en mujer, fantaseó con el día en que pudiera hacerlo. Pero sabía muy bien que era una intervención costosa, alejada de su realidad económica.

En las visitas que Nong le hacía a su madre en prisión, conoció a Nam, una vendedora ambulante. Se hicieron amigos y una noche fueron juntos a un evento tradicional Thai donde había varias atracciones, tales como danzas y cantos. Allí había también un ring de boxeo alrededor del cual se aglutinaban todos los hombres que peleaban y hacían apuestas.

Uno de ellos se acercó a Nong y lo desafió a pelear. Nong respondió que él no peleaba, pero el hombre insistió. Ante su reiterada negativa, éste le profirió la palabra más ofensiva con la que en Thailandia se pueda insultar a alguien, apelando a su cobardía. Aceptó entonces el desafío. Peleó. Ganó. Y se llevó el dinero del premio.

Este encuentro contingente con el boxeo tradicional thailandés, cambiará su vida para siempre.

Había querido estudiar en la universidad, pero la posibilidad económica que le ofrecía el Muay Thai no era para despreciar.

Fue a través del deporte más violento y viril de todo su país que encontró un lugar para ganar dinero y así alcanzar su tan ansiada operación de cambio de sexo. “En ese momento”, afirma, “no reconocía la irónica situación en la que me encontraba: participando en semejante deporte masculino para poder ser más femenina”.

Se adentró en la práctica del Muay Thai profesional. Entró a un campamento de entrenamiento mientras, al contrario de lo que según manifiesta, siempre había querido ser, su cuerpo comenzaba a virilizarse haciéndose muy musculoso por las prácticas y el trabajo duro. Solo la consolaba la idea de pensarse como una mujer fuerte, como reconocía a muchas mujeres occidentales.

La esposa de su entrenador fue la primera en dar cuenta de su feminidad y fue quien le compró una caja de maquillajes. Así empezó a maquillarse dentro del campamento de luchadores a la vista de todos. Si bien muchos de sus compañeros la rechazaron, su entrenador la apoyó.

No se sentía cómoda durmiendo con todos los hombres semi desnudos en el mismo espacio, así que tras ganar varias peleas consiguió que le dieran su habitación propia.

En 1998 ganó una pelea en el mítico Estadio Lumpini de Bangkok y eso capturó la atención de todos los medios de comunicación. En el año 2003 se hizo incluso una película con su historia.

Siendo un boxeador, muchas mujeres se le acercaban pensando que se maquillaba para hacerse famoso. Pero ella las rechazaba, diciendo que eran de su mismo género, y que no se sentía atraída por otras mujeres.

El deseo de deshacerse de su pene estuvo presente desde siempre, según recuerda. Pero fue recién en 1999, un año después de la pelea que la consagró, cuando finalmente decide operarse. Se propone así “completar su transformación”, aunque no sin vacilar, ya que pensaba que luego no podría practicar más boxeo y por ende, no podría sustentar a su familia. Uno de sus destinos posibles sería volver a Chiang Mai a sembrar arroz. Que sea lo que sea, pensó.

El doctor que la atendió le hizo preguntas íntimas, e indagó sobre sus preferencias sexuales. Luego de evaluarla detenidamente y practicarle una serie de estudios, le indicó que antes de operarla, debería vivir como mujer durante un año. Y así fue, vistió como mujer, se maquilló en público y se deshizo de todas sus pertenencias masculinas.

A diferencia de otras *ladyboys*, se hizo la operación sin antes implantarse senos, ya que para ella, las tetas no eran tan importantes. Verse al espejo con tetas y pene le hubiera resultado repudiable, incompleto. Así y todo, ya tenía un pequeño busto efecto del tratamiento hormonal pre-quirúrgico.

La experiencia de la cirugía fue dolorosísima e incluyó la prescripción de dilatadores para hacer la “herida” penetrable. Finalmente, cuando pudo ver su cuerpo en el espejo, no podía dejar de sonreír. Se veía hermosa. Tras recuperarse, trabajó como bailarina en un cabaret. Más adelante completó su transformación con siliconas y colágeno.

A pesar de que luego de la operación, durante un tiempo soñaba que aún tenía pene, amaba su cuerpo de mujer. La operación resultó ser mucho mejor de lo que hubiera imaginado. Nunca pensó que se sentiría tan femenina. No se arrepiente de la intervención, muchas opciones de trabajo se le abrieron luego. Sin embargo, no pudo evitar volver al mundo del boxeo, su mundo. Actualmente trabaja como presentadora de peladas e incluso pelea en exhibiciones y en combates oficiales contra hombres. Su nombre es reconocido en gran parte de Asia y suamente respetado. Mientras otros boxeadores toman agua o curan sus heridas en los internines de los combates, ella pide un espejo para coregir su maquillaje.

Nunca pudo dejar el boxeo Muay Thai, ya que lo considera como la fundación de su vida.

Algunas preguntas para pensar el caso:

Podemos preguntarnos con qué “se” encuentra este sujeto en su encuentro contingente con el ring de boxeo. Si no nos quedamos, ingenuamente, con que éste representaría solo una forma de ganar dinero, la pregunta gira en torno a lo que para este sujeto supone la admisión y pertenencia al universo masculino, ubicándose allí como excepción.

¿Podría ese encuentro brindarle al mismo tiempo la posibilidad de “completar la transformación” que la ciencia médica le permite, pero no solo gracias al dinero que este deporte le proporciona, sino gracias a poder atravesar el Ideal de primogénito varón que recae sobre su cuerpo, sirviéndose de los semblantes de la masculinidad de su cultura?

Es luego de convertirse en un gran boxeador, luego de llegar a lo más alto que un luchador podría aspirar en Thailandia y luego de haber peleado en el estadio más importante de Bangkok, que toma la decisión de quitarse el pene. ¿Es entonces a través del boxeo, y no sin haber sido previamente un monje, ritual que atraviesan todos los hombres, que alcanza una solución de compromiso singular que le permite hacer lazo con el Otro y pagar el precio necesario para poder transformarse en mujer, ir más allá del padre inventándose una ficción para sostenerse en el mundo?